

EL OTRO MEDIO DEL AMBIENTE: UN MUNDO INTERIOR

José Velasco Cabas

Junio 2006

José Velasco Cabas

Educador ambiental del O.A, Parques Nacionales en el Programa de Recuperación y Utilización Educativa de Pueblos Abandonados en Búbal (Huesca) 1986-87 y en Granadilla (Cáceres) desde 1990. Formó parte del equipo educativo del CENEAM 1988-89



REFLEXIONES AL ATARDECER

Hace ya bastantes años, en una excursión por la sierra madrileña, un amigo comentaba que cuanto más conocimientos tenía sobre la naturaleza más gratificante le resultaba el contacto con ella. Estábamos estudiando la carrera de biología y teníamos una gran avidez por adquirir información de todas las materias relacionadas con el medio ambiente. Otra amiga defendía que hay aspectos de la naturaleza, que para sentirlos intensamente no hacía falta tener un conocimiento intelectual y que incluso éste podía ser un obstáculo para la experiencia directa de muchos matices de la vida, como las sensaciones que se perciben en un atardecer. Yo me debatía entre ambos. El propio conocimiento científico de la flora, la fauna, el relieve o de la historia del paisaje me producía un secreto placer. Sin embargo, para mí la naturaleza siempre ha tenido algo indefinible, que no es imaginado ni tampoco es tangible, que se escapa a la razón, pero que tiene tal intensidad que me conecta con aspectos muy esenciales de la vida (justamente aquellos de los que no se hablaba en las clases de la universidad). Sabía que la vida estaba llena de instantes no científicos, pero la ciencia me fascinaba. Aquella discusión amistosa dejó en mí una semilla que fue creciendo como una íntima inquietud. ¿Es el sentir un modo de comprensión de la realidad tan válido como el pensar, aunque no pueda ser comprobado objetivamente por otras personas?. ¿Es la ciencia el método más idóneo para la indagación de la esencia de la naturaleza y de la vida?. ¿Qué madeja de informaciones llegan a qué complejo sistema de percepción y crean esa extraña alquimia de la sensación?. Estaba cayendo el sol y teníamos que regresar. Se hizo el silencio entre nosotros. El aroma de las jaras se mezclaba con el del pasto húmedo; los jirones de las nubes anaranjadas y carmesíes teñían el cielo de aquel atardecer de finales de primavera. No sé si alguien del grupo pensaba, pero lo que yo sentía en aquel instante me hacía contactar con una dimensión de misterio que la naturaleza tiene y que no puede ser pensada sin perderla.

UN ITINERARIO PERSONAL

En mi itinerario vital he recorrido paisajes hermosos y tortuosos, como todo ser humano; paisajes que inspiraban paz o caos. Los paisajes están en el mundo que nos rodea y están también en nuestro interior. Existe una extraña simetría entre lo que nos rodea, el llamado ambiente, y nuestro mundo interior. Los paisajes en los que el hombre apenas ha intervenido reflejan el orden y belleza propios de la naturaleza, de sus modos de expresar vida, diversos y perfectamente coordinados. Ya apenas contemplamos los atardeceres y cada vez quedan menos lugares que despierten en el interior humano la sensación de conexión con lo que se contempla. Creo que el proceso de alejamiento de la naturaleza comienza en nuestra mente. El hecho de vivir en ambientes artificiales como las grandes urbes o estar rodeados de infinidad de objetos de consumo es solo el reflejo de nuestros anhelos, o de nuestros miedos. Pienso que las raíces de la crisis ambiental confluyen en el mismo punto que las de la crisis social que indudablemente padecemos. Desde mi punto de vista, ambas tienen en común un problema de ideas (y aquí incluyo cualquier objeto mental como pensamientos, sentimientos, valores, deseos, ambiciones,...). Antes que ambiental, la crisis es humana, pues son los contenidos de nuestras mentes los que nos mueven a las personas a realizar acciones con una determinada dirección. Lo que vemos en nuestro ambiente es espejo del interior humano.

Los problemas que nos ocupan en nuestro momento histórico son muy graves. Es necesario más que nunca construir nuevos cimientos de ideas que favorezcan dinámicas de acción diferentes, que nos devuelvan el contacto directo con una



naturaleza viva y creativa. A su vez hemos de ser creativos en establecer nuevos modos de relación con las personas que rescaten los aspectos más profundamente humanos. Pero de forma urgente hemos de atrevernos cada uno a mirar hacia dentro, a nuestro paisaje interior y contactar con nuestras verdaderas necesidades humanas y con el tipo de motivaciones (o miedos) que nos impulsan a llevar un cierto tipo de vida. Creo que este es un factor determinante a la hora de no dejarnos arrastrar por ciertas formas de pensar y de ver el mundo heredadas del pasado y que nos están arrojando a una verdadera crisis global. Especialmente las personas que trabajamos en "medio ambiente" corremos el peligro de estar haciendo educación, interpretación o gestión ambiental basándonos en unos principios y métodos que hemos asumido como válidos y que, de forma involuntaria, pueden estar compartiendo el mismo sistema de ideas que ha generado la degradación de la naturaleza, por el simple hecho de pertenecer a una sociedad y una cultura determinadas. Soy consciente de que esta perspectiva es "radical", entendido este término no como fundamentalismo o extremismo, sino en el sentido etimológico de la palabra, es decir, que intenta llegar a la raíz del problema. Y la raíz creo que está en nuestro interior.

En mi recorrido personal he tenido que poner en cuestión muchos de mis planteamientos de partida. Creía que la visión que propone la ciencia, y especialmente la ecología, era la más correcta para transmitir lo que es la naturaleza. Pensaba que la única salida a la problemática ambiental era una mejora en la gestión de los recursos y de los residuos. Confiaba en que el incremento de la información sobre el medio ambiente en la población iba a detener, o al menos a ralentizar el deterioro ambiental. A veces resulta desesperante ver cómo a pesar de que cada vez hay más cultura ecológica y más sensibilidad (aparentemente) ante los problemas ambientales, la destrucción de la naturaleza avanza inexorablemente y nadie sabe cómo detenerla. ¿Por qué?.

En estas líneas me gustaría compartir algunas reflexiones basadas en experiencias personales, en parte vividas en mi labor como educador ambiental y que han hecho que me cuestione algunas de las ideas que habían sido pilares para mi trabajo y para mi vida. Puede que el mundo no sea como nos lo pintan y que esté en nuestra mano, más de lo que creemos, el poder cambiar las cosas.

1. ¿DE DÓNDE VENIMOS?

Recuerdo un antiguo mapa que vi expuesto en un museo de Cartagena de Indias, en la actual Colombia. El plano reflejaba el continente americano en el año 1540, poco después de su descubrimiento para los españoles. El contorno de las costas de Centro y Sudamérica aparecía toscamente perfilado, e igualmente la costa oriental de Norteamérica. Sin embargo, todo el oeste norteamericano estaba ocupado por el mar, como si un diluvio lo hubiese inundado. Aunque, eso lo podemos decir ahora que damos por segura su existencia, porque el hecho de que a mediados del siglo XVI los exploradores no hubiesen incursionado por aquellas tierras, las hacía desconocidas para los europeos; pero, no sólo desconocidas, sino inexistentes. Otro mapa posterior mostraba ya de modo completo el perfil costero americano como si por arte de magia la tierra hubiese brotado del mar. La tierra "emergente" del segundo mapa realmente no reflejaba los nuevos límites del continente, pues seguramente estos no habrían sufrido cambio apreciable en los últimos miles de años, sino que mostraba los límites del mundo conocido para las personas que se expandían más allá de las costas europeas por el poniente. El mundo iba emergiendo según iba siendo explorado.



Aquel mapa fue elaborado en pleno Renacimiento, en los albores de la modernidad. Se descubría un "nuevo mundo" y se inauguraba una nueva etapa histórica en la que el hombre tenía el papel principal. Se fragmentaba un saber unitario sobre el mundo, sobre el hombre y sobre Dios. La imagen de la naturaleza sufrió en menos de un siglo un cambio dramático. La visión medieval cristiana entendía la naturaleza como obra divina, un mundo creado y mantenido por un solo Dios, en el que todo era inmóvil y el hombre era una criatura más, eso sí, la predilecta del creador. Ésta fue dando paso a otra imagen de la naturaleza como "libro escrito por el dedo de Dios", como dirían algunos autores de aquella época. Las criaturas eran las letras del mensaje divino, que debía ser interpretado por la razón del hombre, para llegar a Él. Paulatinamente, la "racionalidad" emergente fracturó la incuestionable unidad del universo ptolomeico, y aristotélico, de las esferas, cuyo centro se situaba en la Tierra (y en el hombre). La teoría heliocéntrica copernicana hubo de ser una verdadera convulsión para la época. La Tierra quedó "descentrada", perdida en un universo infinito, y el alma humana parece que también quedó sin centro, aunque había ganado para sí la mayoría de edad, con la conquista del libre albedrío. La naturaleza devino en objeto, un objeto compuesto de infinitos objetos, cuyas leyes podían expresarse en lenguaje matemático, como proponería Galileo. Paralelamente, el hombre pasó de ser alma a ser solamente cuerpo, forma sin sustancia, una pieza más de un gran universo mecánico.

El Renacimiento supuso un florecimiento del hombre por el hombre, de las artes y las ciencias, y también del comercio y de un capitalismo incipiente; una diversificación de proyectos humanos, de religiones, de Estados y naciones. Ante la diversidad de opciones, la cuestión que surgía con fuerza inusitada era "¿qué he de hacer?, ¿qué camino he de tomar?", la opción del caballero cristiano propuesta por Erasmo, la "*Utopía*" de Moro o el camino de la política, del "príncipe", siguiendo a Maquiavelo. La modernidad se consolidaba a pasos agigantados.

De forma gradual, la razón humana fue ocupando el lugar de Dios. La ciencia le sustituyó como sistema explicativo de los fenómenos del mundo, la política le quitó la función de legislador y la tecnología, en pleno desarrollo, podía transformar el mundo, de modo que el hombre se convertía en un nuevo creador. La conceptualización y matematización de la naturaleza nos convertía en reyes y dioses de nuestro propio mundo, un mundo de conceptos, interpretado y reescrito en nuestras mentes, un mundo que podríamos denominar "virtual" en el que nos encontramos plenamente inmersos en la actualidad.

Hoy, como partícipes de una crisis de dimensiones planetarias podríamos preguntarnos: ¿a dónde hemos llegado?, ¿cuál era el proyecto humano?, ¿realmente hemos cumplido algún sueño?.

Estos cambios que se produjeron en el Renacimiento y en los siglos posteriores son bien conocidos, aunque creo que no está de más recordarlos para reconocer algunas de las consecuencias que han tenido en relación con la problemática ambiental que vivimos en pleno siglo XXI.

Por un lado, surgió la imagen de un mundo objetivo, según la cual el sujeto que percibe se distancia de lo observado para contemplar un universo de objetos separados entre sí y con existencia propia e independiente de quien los experimenta. Así, quedó el terreno abonado para el desarrollo de una filosofía mecanicista representada por la metáfora del mundo (y del hombre) como un mecanismo de relojería, que entendía las totalidades en función del análisis de sus partes constituyentes. En este ambiente se desarrolló la ciencia moderna, que se ha



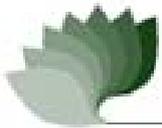
convertido en la autoridad indiscutible para investigar y explicar el mundo, utilizando un método analítico que disgrega la realidad y necesariamente produce una fragmentación del saber y rompe la unidad intrínseca de todo lo existente. La conceptualización y nominalización de los fragmentos de realidad reforzó el propio ego humano y el sentido de individualidad, que se despliegan como consecuencia de la distancia cognitiva con lo observado y con el "apropiamiento" intelectual de lo que le rodea. El desarrollo de un tipo tecnología con una clara orientación instrumentalista asociada a una economía capitalista incipiente, hizo posible la explotación intensiva de la naturaleza y la "humanización" del mundo. Seguramente todo esto propició la progresiva pérdida del predominio religioso en la organización social y la emergencia de una sociedad laica materialista, pero a la vez se produjo la pérdida de un sentido espiritual de la existencia.

No sé si el camino recorrido es un sendero consciente hacia la realización del potencial humano o más bien es una huida hacia delante. El desarrollo de esta imagen del mundo y de lo que somos, nos ha legado (y lo perpetuamos) un modelo de vida que no solamente manipula la naturaleza sino también al propio hombre. La emancipación de un Dios (o más bien de un modelo religioso concreto) que amenazaba con el infierno y constreñía el ego humano, se ha convertido en dependencia de otros "dioses" múltiples, más materiales, que han ocupado su lugar. No me atrevería a afirmar que este camino recorrido haya aumentado nuestra sensación de plenitud, libertad y felicidad y de hecho parece que hay una percepción bastante generalizada de que vivimos en un mundo ciertamente frío, estresante y sin demasiada alegría. A pesar de los innegables logros en los campos de la tecnología y en la calidad de vida material, la libertad para elegir lo que queremos que sean nuestras vidas sigue altamente condicionada e incluso en nuestras sociedades democráticas, a través de las innumerables organizaciones sociales, políticas, económicas, ..., se continua ejerciendo un intenso control sobre las personas, empezando por el momento del nacimiento. Hoy en día somos "consumidores", "usuarios", "afiliados", "contribuyentes", "administrados", ..., pero paralelamente parece que hemos perdido valor sencillamente como personas.

La unidad de la naturaleza ha sido convertida en un conjunto de parámetros que se gestionan desde los despachos de un modo absolutamente reduccionista. El propio concepto de medio ambiente, imbuido de esta visión mecanicista, está tan tecnificado que relega o elimina los "parámetros" que no son medibles, como los relacionados con aspectos afectivos, estéticos o espirituales, es decir, los que pertenecen al mundo interior humano y que, por cierto, son los que nos permiten experimentar el sentido de unión con lo que nos rodea.

Lo que planteo es que hay una vinculación directa entre las ideas que propugnan una supuesta "objetividad" en el mundo que nos rodea y la manipulación que se ha hecho de la naturaleza (y de las personas). La conceptualización del mundo y su cosificación, junto con la erradicación del sentimiento como cualidad cognitiva de un alto valor para los seres humanos, son las que justifican, desde mi punto de vista, el tipo de acciones que nos están llevando a una crisis global, ambiental y humana.

Puede que a algunos les parezca que, como en la época del mapa citado al comienzo, el mito de El Dorado sigue aún vigente. Los cultivos de soja y los pastos para la producción masiva de carne devoran los límites de la Amazonía y las grandes industrias farmacéuticas pugnan por obtener las patentes para el uso crematístico de las plantas medicinales que descubrieron los indígenas.



Al igual que aquellas naves que arribaron al "Nuevo Mundo" a finales del siglo XV, podemos preguntarnos hoy "¿a dónde hemos llegado?". No sé si nos hemos dirigido a la Tierra de la locura, que diría Brandt en *"La nave de los necios"*. El impulso expansivo y el afán de conocer nos ha llevado a conocer los límites de la tierra y de los océanos, pero me planteo si a su vez hemos aprendido a conocer nuestros propios límites internos, nuestro paisaje interior, donde habitan los impulsos de dominio, poder y apropiación, y también el amor. Inevitablemente, la sustentabilidad pasa por revisar nuestro mundo de afectos, deseos y temores. Creo que esta época que nos ha tocado vivir actualiza y vuelve a dar vigencia a muchas de las preguntas que brotaron en el Renacimiento, con la diferencia de que antes estaba todo por conquistar. Ya no tenemos tantas opciones, al menos externas. Creo que la crisis en que estamos inmersos, antes que ambiental es una crisis de sentido de la existencia. Lo que se está poniendo en cuestión son los límites del libre albedrío y del ego humano. Ahora, una vez que hemos conseguido dominar la naturaleza y ser los reyes de nuestra propia creación ¿qué nos queda?, ¿dónde estamos y a dónde queremos ir?.

2. ¿QUIÉNES SOMOS?

UN MUNDO DE POSIBILIDADES

Desde hace tan sólo unos tres siglos, el método aceptado para la indagación sobre lo que es la naturaleza y su funcionamiento es el método científico. La ciencia tiene una cualidad muy importante y es que trata de crear teorías que puedan explicar las regularidades observables en la naturaleza y establecer modelos que puedan predecir el comportamiento de los sistemas en el futuro. Los experimentos diseñados han de tener la característica de que puedan ser reproducibles y para ello se fijan parámetros y se trata de definir con precisión las condiciones de la investigación; las conclusiones serán avaladas en la medida en que los resultados obtenidos puedan ser extrapolables. Sin embargo, la extraordinaria complejidad de la naturaleza y del universo, con sus infinitos entramados de relaciones, hace que cualquier conclusión científica quede inmediatamente relativizada ante la imposibilidad de observar y explicar la totalidad. Esto no debería suponer demasiado problema si somos conscientes de ello y no hiciésemos gala de la arrogancia de pretender estar en posesión del conocimiento absoluto. El problema no está en la ciencia en sí, sino en la suposición de que estamos totalmente separados del mundo que nos rodea y la manipulación que se hace de ello. La ecología, por ejemplo, es una ciencia reciente, integradora, cuyo objeto de estudio son las relaciones entre los seres y su medio. No sólo considera las partes que constituyen los ecosistemas sino los flujos de materia y energía y los tipos de dinámicas que se establecen entre ellas. Hoy en día "ecológico" es mucho más que el estudio de los ecosistemas. Verdaderamente la ecología ha pasado de ser una disciplina científica a convertirse en un verdadero paradigma, en un método nuevo para interpretar la naturaleza y la realidad desde una perspectiva sistémica amplia. En ecología se considera al ser humano como parte de las dinámicas de los sistemas ecológicos a escala amplia, pero aún así, esa visión sigue siendo objetivadora, ya que el hombre, su economía, las relaciones, etc. se convierten en objeto de estudio, pero no incluyen al sujeto que las está estudiando. Una ciencia tan objetiva anhela aprehender los fenómenos del mundo, conocer sus leyes y controlarlos, pero tiene como "efecto secundario" la distancia con los "objetos" de investigación y por tanto una cierta frialdad. Pero, ¿existe otra posibilidad?, ¿hay otro tipo de ciencia?.



Hace unos meses tuve la oportunidad de ver un documental que trataba sobre física cuántica y las consecuencias filosóficas que se derivan de los experimentos con partículas subatómicas. Mis conocimientos no alcanzan a comprender, ni lo pretendo, los complejos desarrollos matemáticos en los que se basa la física cuántica (y a duras penas los de la física clásica), pero aunque aún no hay acuerdo entre los miembros de la comunidad científica para dar una interpretación única a los extraños fenómenos observados sobre el comportamiento de las partículas, se podrían parafrasear de modo sencillo algunas conclusiones interesantes que pueden ser de utilidad:

- El experimentador interviene en los resultados del experimento, es decir, es parte inseparable del propio sistema de experimentación.
- Partes muy lejanas del sistema de estudio "reciben" información de otras partes a velocidades más altas que la de la luz, es decir, simultáneamente.
- Hasta que el experimentador (sujeto) no "mide" el resultado, la partícula (objeto) no se define como algo concreto sino que se presenta como una distribución de probabilidad en la que podría ser potencialmente cualquier otro objeto.

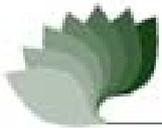
Tengo la intuición, y soy consciente de que este es un vocablo no muy científico precisamente, de que a partir de la física cuántica se deriva una imagen del mundo completamente diferente a la que actualmente asumimos como propia, a pesar de que después de varias décadas desde que se establecieron los postulados básicos de la física cuántica, la ciencia, la sociedad y la propia educación no hayan integrado y divulgado sus conclusiones filosóficas más evidentes, aunque es cierto que esto podría poner en peligro la integridad del sistema de vida que tenemos.

Sin pretender un excesivo rigor científico y sólo con la intención de pensar en otras formas de interpretar el mundo, ¿qué ocurriría si actuásemos con plena consecuencia según estas observaciones?.

Por lo pronto cada individuo pasaría de ser un mero espectador distante a ser actor vivo y determinante del acto cognitivo. Es decir, las cosas no serían exactamente "cosas" por sí mismas, sino un entramado de informaciones percibidas por un sujeto en un instante concreto. Además, todo estaría interconectado con todo, de forma que el rígido engranaje del reloj cósmico mecanicista se transformaría en una especie de misterioso holograma en el que cada parte tiene la información de la totalidad.

Lo que está dejando entrever una ciencia actual, sobre todo la física y la biología, que hablan de "complejidad", de "incertidumbre", de "relatividad", etc.. es que el ser humano seguramente tiene un papel en el cosmos muy diferente al que nos relegó el mecanicismo y seguramente es a través de un profundo cambio en nuestro modo de entender el mundo del que se podría derivar una ética radicalmente diferente y más acorde con la complejidad de la vida y del universo. Pero, ¿qué tiene que ver esto con los problemas ambientales y con la educación ambiental?. ¿Es posible trasladar esta extraña visión a nuestro mundo cotidiano y macroscópico?.

En mi experiencia cotidiana y en mi trabajo como educador ambiental he ido descubriendo aspectos muy interesantes sobre el proceso de conocer, que han ido modificando mi noción de lo que son las "cosas" y de lo que somos los seres humanos como experimentadores de un mundo y de la propia vida.



EL PODER DE LA MEMORIA. LA VIEJA PARED DE PIEDRA

Hace unos meses salí al campo con un grupo de jóvenes estudiantes de secundaria, por el entorno del pequeño pueblo donde trabajo y sucedió una situación muy interesante. Realmente, transmitir algo sobre la complejidad, diversidad y encanto de la naturaleza en un eucaliptar reseco es un verdadero reto. "Si aquí no hay nada", comentó alguno de los alumnos. Entre los árboles alineados destacaban unas paredes de piedra, muchas de ellas derruidas, que separaban las antiguas tierras dedicadas a cultivos y pastos antes del abandono del pueblo. Allí nos detuvimos. Un tanto decepcionados por la pobreza de posibilidades de aquel entorno hicimos un alto frente a uno de aquellos muros. Las paredes de pizarra estaban cubiertas de numerosos líquenes y musgos, que denotaban su antigüedad. Lancé una pregunta al grupo:

—¿Cuántas cosas veis aquí, delante de vosotros?—. La respuesta no se hizo esperar:

—Cuatro, seis, tres, ...

—Y ¿cuáles son?— repliqué.

—Piedras, líquenes, hierba seca, ...

Tras unos instantes de observación se me ocurrió sugerir que si llegase allí un botánico experto en líquenes cuántas especies conseguiría diferenciar. Esto centró su atención en los colores y formas de aquellos seres. La respuesta fue

—Cuatro, cinco, tres, ...—.

Volví a preguntar:

—¿Y si tuviésemos entre nosotros a un experimentado geólogo qué podría decirnos de las piedras?

—Pues que son de pizarras, los años que tienen, su composición química, cómo se han formado...— respondieron.

—Y un físico, ¿podría hablarnos de las innumerables partículas que se mueven a velocidades vertiginosas?, ¿aunque no se vean, están ahí?—. Los rostros de los muchachos se iban tornando cada vez más despiertos.

La siguiente cuestión que sugerí fue:

—¿Las piedras de la pared se disponen de una forma natural o tienen una ordenación improbable en la naturaleza?—.

Todos estuvieron de acuerdo en que allí se dejaba ver la mano del hombre y que en la naturaleza era imposible encontrar aquello. Aquellos terrenos abandonados hablaban del pasado y las paredes no sólo hablaban del "hombre" en general, sino de los hombres que habían levantado esa pared hace siglos con las pizarras que afloraban al labrar las tierras. Allí estaban su intención de separar aquellas fincas, sus manos y su sudor, como informaciones latentes que se revelaban en aquel instante como parte integrante del paisaje, al igual que los cientos de aguaceros que habían recibido aquellas piedras y el sol resquebrajante, ... ¡y nosotros! La última pregunta fue casi repetición de la primera:

—¿Ahora, cuántas "cosas" se podrían percibir aquí, delante de nosotros, en esta pared de piedra?—.



La respuesta de uno de los chicos me conmovió:

—Infinitas.

Entonces ¿son “cosas” las “cosas”? Aunque nos resulte extraño y no esté dentro de nuestra forma habitual de percibir, cada objeto de percepción contiene infinitas historias, infinita información potencial sobre la que podemos establecer innumerables acotaciones que se pueden conceptualizar para crear conocimientos: color, densidad, tipos de constitutivos, los innumerables acontecimientos que han confluído en que ese objeto esté ahí en ese instante, en lo que podrá convertirse en un futuro, las historias de las personas que le dieron esa función, etc. La pizarra es pizarra, sí, pero solo en un espacio-tiempo determinado y ante un perceptor concreto. Hace millones de años la pizarra fue arcilla, producto de la erosión de otra roca más antigua y esa información está ahí contenida, pues sino sería imposible conocerla. La pared antes fue roca y fueron las personas las que lo convirtieron “muro”, en separación de fincas o en barrera para el ganado. En un determinado objeto (o situación) existen cierto número de informaciones “evidentes”, pero también se incluyen infinitas informaciones potenciales que pueden hacerse evidentes para otro sujeto o en otro instante. Así pues, ¿vivimos en un mundo de objetos o en un mundo de posibilidades?

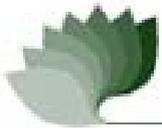
EL BOSQUE MÁGICO. NOS MIRAMOS EN EL MUNDO

La experiencia me dice que cada persona ve algo diferente en un “mismo” bosque. Un artista se fija en los bellos juegos de luces y sombras, en los colores, otra persona puede ver la posibilidad de obtener madera, a otra le atrae la diversidad de especies vegetales, un niño encontraría infinitas invitaciones a la exploración y al misterio; a alguien temeroso, esa fronda puede producirle miedo e inseguridad; y así hasta el infinito. Si el bosque expresa belleza, tranquilidad y armonía para algunos, ¿cómo puede ser a su vez algo tenebroso y lleno de peligros?, o si para algunos es digno de ser conservado con toda su diversidad ¿cómo otros pueden querer talarlo o urbanizarlo?. Al igual que en la pared de piedra, el bosque incluye infinitas posibles informaciones para cada observador. Realmente el bosque es el mismo, pero cada persona “selecciona” una información diferente de las innumerables posibles en función de sus conocimientos, deseos y temores.

Como un espejo mágico, el bosque refleja nuestra propia mente, moldeada por nuestra historia personal. Me atrevo a decir que ningún sujeto puede interpretar los objetos externos si no es con base en contenidos mentales previos. Así, esta extraña simetría entre el mundo externo que observamos y el mundo interno produce el curioso efecto de que cuando interpretamos lo que nos rodea, más que decir lo que ello es en sí, hablamos de lo que nosotros somos. El mundo se convierte en espejo en el que nos reconocemos.

EL PODER DEL FUTURO. NOS PROYECTAMOS EN EL MUNDO

Cuando se inició el programa educativo en el que trabajo, se introdujo como recurso una muestra de las razas autóctonas de animales domésticos que hubo en el pueblo antes de su abandono. El contacto directo y cotidiano con los animales ha motivado en mí numerosas reflexiones. Una de ellas está relacionada con algunos aspectos de lo que supone la selección artificial. Por ejemplo, en el caso de las vacas es llamativo que casi todas las razas antiguamente tuviesen un uso mixto, para carne, leche y trabajo. En la actualidad, sin embargo, la tecnificación de la ganadería, y de todas las actividades agropecuarias en general, ha llevado a la



especialización de las razas. Las vacas frisonas batieron records en producción de leche, aunque sus terneros son muy poco apreciados en los cebaderos, pues no pueden transformar los piensos compuestos en carne a un ritmo tan rápido como otras razas. Las vacas charolesas son el paradigma de la producción cárnica intensiva y sin embargo, producen poca leche y tienen el estigma de los partos problemáticos. Pareciese que la ley de la conservación de la materia y la energía también se expresara en un nivel orgánico y no solo en el físico o el químico. Si la vaca es una unidad orgánica con unas potencialidades y unas limitaciones, el seleccionar un determinado carácter hasta su límite, necesariamente va en detrimento de otras aptitudes productivas y caracteres morfológicos. Existen límites internos en estos seres vivos que hacen imposible que exista una sola raza que sea la más productiva en leche y en carne a la vez.

Los animales domésticos que vemos en la actualidad poseen características, tanto morfológicas como de carácter, etc., que incluyen informaciones no solo de origen biológico sino también de las personas que realizaron la selección, pues en los animales se plasma lo que estuvo anteriormente en las mentes humanas. La clonación y los organismos modificados genéticamente son el extremo de una visión mecanicista del mundo aplicada a la vida, son un proyecto y un negocio, son el reflejo nítido de lo que significan los seres vivos para nuestra cultura y de la aplicación de un paradigma tecnocientífico, en este caso a la producción de alimentos.

Las razas de animales, los paisajes, el modelo de economía y de sociedad son fruto de nuestros proyectos, conscientes o inconscientes, y esto nos debe hacer responsables de nuestra creación y de sus consecuencias. Así, nos convertimos en los artífices de nuestro mundo, lo peor es que nos hemos alejado de nuestra obra y nos hemos desvinculado de la propia vida. La tierra se labra desde máquinas cada vez más altas y los agroquímicos se reparten según un plan que ya no mira ni las lunas, ni tampoco la tierra. Si pensamos que la química es la base de la vida, ¿entonces, la vida de qué es base?. Si los animales son máquinas ¿por qué enferman y llegan a enloquecer?. ¡Si todo eso nos hiciese más humanos, más felices!, pero hoy en día las sonrisas se cambian por dinero y el sufrimiento de los seres vivos también.

La separación de la naturaleza que experimentamos no es solo por vivir lejos de las montañas, el distanciamiento comienza en nuestra mente que "virtualiza" el mundo y lo proyecta mentalmente. En el caso anterior del bosque veíamos que "creamos" un mundo al interpretar de forma parcial lo que percibimos según nuestra propia historia. En este caso, al imaginar y futurizar según nuestros deseos, promovemos acciones que acaban modificando la fisonomía de lo que nos rodea. Con el paso del tiempo el mundo va cobrando rostro humano, está más humanizado en su forma pero, por desgracia, cada vez está más deshumanizado en su esencia. De este modo, lo que creamos se convierte en la imagen (individual y colectiva) de los anhelos proyectados sobre la pantalla de la propia naturaleza. ¿Dónde quedan pues las cosas por sí mismas sin nuestra intervención?. En lugar de un mundo objetivo y distante me encuentro, por cualquier camino que transite, historias humanas.

3. ¿A DÓNDE VAMOS?

En estos comienzos del siglo XXI, en plena crisis global, se abre la oportunidad de cambiar de modelo en nuestra forma de ver y de estar en el mundo. Nos encontramos ante un mundo de posibilidades, los objetos fijos se convierten en



probabilidad y el mundo se manifiesta como espejo del interior humano. Si damos un vistazo panorámico a lo que nos rodea vemos el resultado de los sueños de nuestros antecesores. Tenemos la responsabilidad de plantearnos hacia dónde queremos ir, qué clase de mundo queremos crear. Si buscamos la raíz más profunda de los problemas ambientales (y sociales) tendríamos que trasladarnos a los paisajes de la mente y de nuestro humano corazón. Allí encontraríamos las montañas del afán de acumulación y de poder que no se sacia, los desiertos del interés propio y los océanos de la búsqueda del máximo beneficio económico que desdeñan la naturaleza y a los seres humanos. Si somos honestos, lo insostenible no es sólo el tipo de gestión que hacemos de los recursos, sino la "gestión" de nuestros pensamientos y deseos. Optar por seguir el modelo actual ya sabemos dónde nos lleva. La opción de minimizar los impactos creo que es insuficiente si no va acompañada de un cambio en el planteamiento de raíz, si no se cambia el modo de entender lo que es el desarrollo humano. Creo que es más ecológico un desarrollo interior, cultural, filosófico, afectivo, creativo, ... espiritual, que un desarrollo basado en los índices de la Bolsa.

Al hacer educación ambiental (EA) estamos siendo consecuentes con nuestros tiempos, con una época que demanda una mayor conciencia sobre los problemas a los que nos enfrentamos los seres humanos y un cambio en los modos de actuar en relación con nuestro entorno. Sin embargo, tenemos que ser conscientes de que la educación tiene la comprometida función de servir de correa de transmisión de una determinada visión del mundo, o por el contrario servir como fuerza emancipadora de los viejos modelos. Esto me ha puesto ante la tesitura de preguntarme: ¿qué modelo de naturaleza estamos mostrando?, ¿qué tipo de relaciones favorecemos con y entre los destinatarios de nuestros programas?, ¿cuál creemos que es nuestro papel como educadores o interpretadores ambientales (o gestores)?, ¿qué es el medio ambiente para nosotros?, ... Podemos pensar ingenuamente que al hablar de especies y de ecosistemas transmitimos información objetiva, pero desde mi perspectiva todo pensamiento y toda acción humana arrastra tras sí una determinada filosofía y una ética, sean éstas conscientes o inconscientes, así pues, hemos de tener claridad acerca del tipo de ideas de las que estamos participando. Es posible que, al igual que en el Renacimiento se produjo una cierta emancipación de Dios, en este momento histórico nos toque colocar en su lugar a la ciencia, a la tecnología y al dinero y recuperar nuestra capacidad para intervenir en nuestra propia vida y en nuestro entorno de una forma menos dependiente.

La EA se basa principalmente en un modelo muy concreto de ciencia y de medio ambiente y esto mismo, de forma imperceptible, puede estar contribuyendo a que los cambios sean tan lentos o que en demasiadas ocasiones nuestro trabajo apenas sea eficaz. Creo que el propio concepto "medio ambiente", tal y como se trata en muchos contextos, es confuso, y no ayuda a encontrar el equilibrio con la naturaleza, si es que lo buscamos. En general, el tratamiento que se da a los temas ambientales es como si fuesen meramente un asunto de gestión, tanto de los recursos naturales como de los residuos que generamos, es decir, un problema técnico y político. Y aquí quedan excluidos "parámetros" tan poco manejables como los sentimientos humanos. Así, en lugar de acercarnos a crear un mundo más satisfactorio, justamente negamos las "informaciones" que más pueden construirnos desde el punto de vista humano. En un mundo globalizado y vertiginoso ¿dónde quedan la belleza de los atardeceres, el arraigo y el respeto a la tierra, el asombro ante la complejidad ordenada que la naturaleza es capaz de crear de forma tan gratuita?. ¿Seremos capaces de sustituirlos con una buena gestión ambiental?.



Pienso que es necesario considerar el ambiente como experiencia personal y a la vez compartida colectivamente, pues de otro modo el "diseño" del ambiente siempre estará en manos de expertos y empresas.

Otra idea que me parece fundamental es acerca de la ecología como ciencia paradigmática de nuestros tiempos. En la biosfera no solo existen flujos de materia y energía sino también de información. Los seres humanos participamos de las dinámicas y flujos globales del ecosistema planetario, especialmente con nuestra actividad económica. Sin embargo, nuestro afán de acumulación, el modelo de desarrollo, etc. tienen su raíz en nuestra mente, en nuestras creencias, por tanto la ecología como ciencia objetiva me parece insuficiente para la resolución de los problemas que llamamos ambientales. No olvidemos que hasta el dinero, uno de nuestros dioses actuales, es pura información, eso sí, con el misterioso poder de dar a su poseedor la posibilidad futura de convertir un sueño en realidad, un deseo en materia o energía (o en otra idea). ¿Sería posible desarrollar una "ecología de la mente" que incorporase las dinámicas y flujos de información de nuestro mundo mental a las dinámicas planetarias?.

También resulta imprescindible contribuir a un cambio en las ideas que tenemos sobre la naturaleza y en nuestra forma de percibirla. En la naturaleza existe simultaneidad entre todas las dinámicas que alguien pueda observar, todo ocurre de forma sincrónica y eso es algo que se escapa a nuestra propia mente. El mundo que nos rodea es altamente complejo, somos los seres humanos los que tenemos dificultades en manejar la infinita información de nuestro entorno. Para hacer inteligible el mundo tenemos que simplificarlo y en ese proceso inevitablemente reduccionista se pierde información. Cada objeto o acontecimiento tenemos que comprenderlo con referencia a algo previamente conocido y esto hace que no lo podamos contemplar tal cual es, sino a través de la comparación limitada. Cuando un paisaje nos seduce, el propio ensimismamiento que nos produce su contemplación impide la comparación con algún objeto de nuestra memoria y a su vez suspende la posibilidad de percibirlo como partes. En ese instante emerge un estado de presencialidad que simultáneamente está lleno tanto de la belleza del paisaje como de una sensación íntima indefinible. Si es cierto que solamente utilizamos un mínimo porcentaje de nuestro cerebro, me pregunto si los seres humanos podríamos potenciar otras funciones mentales, más intuitivas, que permitieran manejar la información de forma simultánea y personal, y no únicamente de forma "objetiva" y secuencial como hace el pensamiento analítico. Quizás esto nos permitiría convivir en un mundo altamente complejo sin tener que recurrir a fragmentarlo para hacerlo inteligible. Dudo que sea necesario que las personas que no nos dedicamos a hacer ciencia tengamos que manejar tantos conceptos, términos y relaciones para poder participar en la resolución de los problemas ambientales. Creo que aquí hay un freno para la participación ciudadana. La autoridad en el conocimiento científico la tienen los científicos, pero en el conocimiento de mi entorno, de mi vida y de mis relaciones, la única autoridad posible de ese conocimiento la tiene uno mismo, con una comprensión ciertamente limitada, pero no por ello desdeñable. El ser humano a lo largo de su evolución ha hecho gala de grandes comprensiones de los procesos naturales sin la necesidad insalvable de utilizar el filtro del pensamiento analítico. A veces pienso en lo altamente improbable que debe haber sido para los humanos de hace miles de años descubrir las propiedades medicinales de las plantas por el método de "ensayo y error" en tantas culturas y en tantos lugares de la tierra, con tantas especies de plantas y tantas posibles enfermedades. Estoy convencido de que hay modos de "captar" información muy eficaces y diferentes del puramente analítico. Desde luego que todas las funciones de la mente humana tienen validez, pero cuando se



pone todo el peso en una de ellas y se niegan el resto perdemos algo de nosotros mismos. Cada cosa en su lugar y en su momento. Hemos de recuperar la confianza en nuestra propia percepción de las cosas, en lo que nuestro entorno representa para nosotros, en ser creativos, en imaginar cómo sería un mundo mejor para nosotros y dedicarle el esfuerzo de intentarlo, aunque sea a pequeña escala. Pero para ello hemos de estar abiertos a la consciencia de nuestras verdaderas necesidades internas. Precisamente, si nos escuchamos de verdad, lo que más nos llena como seres humanos (los afectos, una buena charla, la amistad, la creatividad, contemplar algo bello, ...) no requiere de dinero para realizarse, ni de ir muy deprisa y además armoniza con la naturaleza, pues es agregador y no provoca impactos ambientales y al reducir la ansiedad evita el consumo compulsivo, que trata de suplir con objetos materiales y con el dinero la espontánea satisfacción de estar vivos.

EL "PASEO A CIEGAS"

Para terminar me gustaría compartir unas últimas reflexiones basadas en una actividad muy conocida entre los educadores ambientales, pero que representa algunas de las situaciones que están contribuyendo a mi cambio de visión de las cosas.

Extraigo de unas notas que escribí la primavera pasada:

"Hoy he tenido una maravillosa experiencia con los chavales. Hemos ido al campo y les he propuesto la actividad del paseo a ciegas. Después de caminar un rato les he preguntado si habían estado atentos a los que nos rodeaba; algunos decían que por momentos, otros que habían ido hablando o "en su mundo". Tuvimos un pequeño diálogo sobre la atención.

—¿En qué cosas os fijáis cuando vais al instituto?— pregunté.

—En nada, ni en el camino ni muchos días en clase— respondió una de las chicas.

—¿Qué creéis que hace falta para sentir algo de la naturaleza o de lo que nos rodea?

—Pues escuchar o estar atentos a lo que vemos.

—¿Y qué es estar atentos?

—No pensar en otra cosa— respondió otro de los chicos.

—¿Qué ocurre cuando estamos con los cascos oyendo música y nos ponemos a recordar algo intensamente?

—Pues que se acaba la canción y ni te has enterado.

—¿Y cómo es posible esto si estás con los oídos abiertos?

—Porque estás a lo tuyo y no oyes.

Llegamos a estar de acuerdo que pensar y sentir no se podía hacer a la vez.

—Bueno, pues os propongo dar un paseo con los ojos vendados. Se trata de ir atentos a lo que nos llega por los sentidos y ya sabéis cómo hacerlo para que no nos pase como con la música.

Luego, al terminar podremos compartir la experiencia pero ahora os pido silencio para poder percibir lo que nos llegue a los sentidos. Para que nadie se pierda podéis coger la cuerda como referencia.



Poco a poco fuimos entrando en el silencio. Era difícil pues algunos eran muy habladores, pero el ir a ciegas ha funcionado.

Yo me encontraba muy bien, animoso y centrado y quizás eso ha creado un campo, una sensación de autenticidad y cercanía que no siempre puedo mantener. Cada día tiene un matiz, un estado de ánimo, y creo que los educadores no solo enseñamos lo que sabemos objetivamente, sino también lo que somos como personas.

El verlos tras de mí, en silencio, en plena naturaleza, ha despertado en mí un sentimiento de profunda humanidad. Ellos estaban entregados al juego, un juego en el que a la vez que escuchaban la naturaleza, tan pródiga en esta incipiente primavera, parecían escucharse a sí mismos. Yo estaba entregado a ellos con un sentimiento muy especial, supongo semejante a un amor paternal. Ellos habían confiado en mí, habían aceptado las reglas del juego, iban a ciegas y yo marcaba el rumbo, un rumbo hacia ningún sitio, en el que el camino lo íbamos haciendo juntos. Era maravilloso verlos atentos, cuando por lo general están tan agitados, con las mentes tan activas, tan habladores.

Cuando llegamos a un prado desde donde se veía el embalse detuve la marcha y les separé de la cuerda. Ahora estaban cada uno solo, todos orientados hacia el bosque y la masa de agua sin poder verla. Al quitarse la venda surgió la sorpresa y la admiración. La verdad estaba precioso. Nos sentamos. En el círculo de puesta en común les había cambiado las caras, los ojos tenían el brillo de la presencia y de la sorpresa. Durante unos minutos apenas podían hablar y la mayoría miraban a su alrededor con ojos nuevos. Decían estar muy relajados.

Algunos habían sentido multitud de sonidos diferentes que aumentaban de intensidad al ir a ciegas y sobre todo habían pensado poco. Cuando la mente se aquieta, el ser humano brota con mayor intensidad y espontaneidad. La vuelta fue alegre, nos hicimos fotos y ellos correteaban jugando mientras subíamos por los campos de regreso al pueblo.

Creo que lo más importante no es el paseo a ciegas, ni los sonidos que han escuchado,.... Lo verdaderamente importante es que a través de un tipo determinado de actividad los chicos hayan conectado consigo mismos y con lo que les rodea simultáneamente. Desde esa actitud se puede contactar con la naturaleza intensamente, pero a la vez se tiene que dar una especie de conexión con uno mismo".

En los años que llevo trabajando en el mismo programa he podido observar mis cambios personales y cómo a la par ha ido cambiando sutilmente el tono de mi trabajo. He propuesto esta actividad docenas de veces y cada vez sigue siendo nueva. Además de que cada grupo es diferente, según donde ponga el foco, la actividad cambia de matiz. Hace años mi interés se centraba en que los jóvenes conocieran otras facetas sensoriales no visuales del paisaje; con el tiempo se abrieron espacios para que pudiesen compartir sus sentimientos, últimamente intento propiciar la fuerza de la presencia y de la atención, ya que favorece la simultaneidad entre el sentir de lo externo y de lo interno. Los educadores ambientales no solo enseñamos lo que sabemos sino lo que somos, no somos solo transmisores o divulgadores de unos conocimientos técnicos que adquirimos, sino que en cualquier actividad que realicemos va implícita nuestra historia personal. Con el tiempo me he dado cuenta de que para contactar con la naturaleza plenamente hemos de tener una actitud consciente, que solo podemos percibir la



vida en toda su intensidad si nos situamos en lo que ocurre a nuestro alrededor sin conceptualizarlo, pues si no todo se hace de una forma mecánica. Los conceptos, aislados, sin la experiencia sensorial que provee el instante, se convierten en fríos y nos distancian de lo que pensamos. Ya llegará el momento de analizar y reflexionar sobre lo vivido, pero hemos de permitirnos la experiencia limpia que surge en ese presente. Todo lo que sabemos está bien, todos los conocimientos sobre la naturaleza, sean científicos o no, nos ayudan a orientar el enorme potencial de saber que tiene el ser humano. Sin embargo, en demasiadas ocasiones, los conceptos sobre la naturaleza los manejamos de forma incuestionable, como si ese fuese el único modo posible de comprensión. A veces los estudiantes me dicen "esto ya me lo sé, ya lo hemos dado". En un mundo "virtualizado" es muy fácil confundir los conceptos con la experiencia directa. Creo que el conocimiento significativo requiere no solo la unificación de conceptos sino la unificación de lo conocido con la conciencia de quien conoce y eso no se consigue acumulando conocimientos o repitiendo los códigos éticos de moda, sino interiorizando la propia experiencia.

Hemos perdido la capacidad de asombro, de sorpresa. Muchas actividades las diseñamos para que tengan un final conocido y evaluamos el éxito de nuestro trabajo en la medida en que los alumnos han adquirido los conocimientos que nos habíamos propuesto en nuestros objetivos. Hace tiempo quizás pretendía inculcar valores ambientales que me parecían válidos objetivamente al margen de los receptores, hoy me parece más válido proponer actividades abiertas, en las que se permita que el final surja en ese instante único que se está viviendo; de este modo el conocimiento brota más vivo sin que exista necesariamente alguien que lo posee previamente y alguien que lo ignora y ha de adquirirlo por transmisión. Gracias a los miles de chicos y chicas a los que pretendidamente tenía que enseñar algo, he aprendido a experimentar mi trabajo y mi propia vida de forma mucho más cálida y menos "objetiva". Hoy más que nunca, creo que no es posible que ninguna actividad humana pueda ser acorde con la naturaleza si no comenzamos por romper esa espesa telaraña de objetividad que nos separa del mundo, y nos sumergimos en ese itinerario sin meta que es la propia vida.